





Siebenkäs

CLÁSICOS|**B**erenice



Jean Paul Richter

Siebenkäs

BODEGÓN DE FRUTAS, FLORES Y ESPINAS; O
VIDA CONYUGAL, MUERTE Y NUEVAS NUPCIAS
DEL ABOGADO DE POBRES F. ST. SIEBENKÄS
EN LA VILLA DEL IMPERIO DE KUHSCHNAPPEL

Prólogo de
Hermann Hesse

Traducción de
Paula Sánchez de Muniain



Berenice



«Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.»

© de la traducción: Paula Sánchez de Muniain, 2015

© de esta edición: Berenice, 2015

www.editorialberenice.com

Primera edición: marzo, 2015

Director editorial:
David González Romero

Diseño y preimpresión:
Editorial Berenice

Maquetación y corrección:
Deculturas, S. Coop. And.

Impresión y encuadernación:
Lince Artes Gráficas

ISBN: 978-84-15441-35-9

Depósito legal: Co-585-2015

IBIC: FC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Siebenkäs

BODEGÓN DE FRUTAS, FLORES Y ESPINAS; O
VIDA CONYUGAL, MUERTE Y NUEVAS NUPCIAS
DEL ABOGADO DE POBRES F. ST. SIEBENKÄS
EN LA VILLA DEL IMPERIO DE KUHSCHNAPPEL



PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

¿De qué me sirve publicar esta nueva edición de *Siebenkäs* dotada con grandes ampliaciones y mejoras que solo dependen de mí? Apenas se comprará y leerá, y todavía menos se estudiará y se apreciará en detalle lo suficiente. La crítica Pitia, como las griegas a otros interrogadores, no me dio su oráculo con gusto y, como mucho, masticó los laureles sin cocinarlos, y predijo poco o nada. Así el autor recuerda todavía muy bien que, por ejemplo, para la segunda edición de su *Hesperus* se puso con un serrucho en la mano izquierda y la navaja de injertar en la derecha y así trabajó descomunalmente en la obra; pero en vano buscó detalladas señales de ello en papeles eruditos y no eruditos. Y así, en sus nuevas ediciones (*Fixlein, die Herbstbluminen, die Vorschule, die Levana sind die Bürgen und Zeugen*), puede trabajar como él quiere, colgar nuevas imágenes y dar la vuelta a las viejas —desalojar y alojar ideas—, mejorar caracteres, mantener escenas y opiniones allí y empeorar aquí —en resumen, puede economizar despiadadamente mil veces como un reseñador o un demonio—: ninguno de ellos lo notará ni dirá una palabra al público; de esta manera aprendo poco, no me doy cuenta de dónde lo he hecho bien o mal y desmerezco alabanzas.

Así están las cosas; entretanto algunas ya son naturales: el más frío de los lectores no cree capaz al autor de ninguna mejora crítica, el más caluroso no lo considera necesario; ambos coinciden únicamente en la frase de que a él todo se le escapa así de natural, como los piojos de hojas detrás de la miel tempranera que buscan las abejas, pero no que él, como las reflexivas abejas, prepara artesanalmente la miel con la cera que le corresponde.

Algunos quieren que, como es debido, cada línea sea un primer derrame y un estallido —como si la mejora no fuera igualmente un primer estallido—. Otros lectores no toman partido, y para ellos mejor un duplicado. Para decirlo brevemente; primero preguntan: ¿por qué el hombre no deja mejor hablar solo a su corazón? Y después, si uno lo hace, añaden: ¡qué diferente y enriquecido se expresaría un corazón a través de la gramática del arte y la crítica! Pero yo puedo exponer el mismo pensamiento mucho más prolijamente, como sigue: «cuanto más excesivamente se reprime un poeta, menos toma en consideración su atiborrado corazón como el fino trenzado de las venas del arte, y más disipa en el fino sudor crítico su lleno raudal. Así que observen: realmente cuanto más gruesa y dura es la corriente de agua, más alto se deja llevar y vence y penetra el aire, mientras que una delicada se desmorona a medio camino». Pero si el autor hace lo contrario, no expresa en la edición su corazón repleto y deja fluir las olas de sangre como ellas quieran: entonces los intelectuales, jueces del arte suavizan su frase —pero con otra metáfora distinta de la que yo hubiera esperado de ellos—: con las obras es como con una cometa, la cual solo se eleva más alto si el muchacho tira de ella con la cuerda y le pone freno, pero en seguida se hunde si el pequeño no la sujeta, sino que la deja ir.

Volvamos finalmente a nuestra obra. Las mayores mejoras introducidas son las históricas. Pues desde la primera edición he tenido la suerte, por un lado, de visitar y examinar (como se ha informado ya hace tiempo en las *Cartas* de Jean Paul) parte del escenario de Kuhschnappel, por otro, de conseguir acontecimientos familiares no publicados, por medio de un intercambio epistolar con los propios héroes, a los cuales era imposible acceder por cualquier otro camino, A no ser que los quisiéramos directamente inventados. Incluso he ganado una nueva Leibgeberiana, que me alegra indeciblemente, ya que puedo compartirla.

La nueva edición ha ganado, además, con la expulsión del país de todas las palabras extranjeras, que habían tomado el lugar de las hábiles nativas.

También se ha enriquecido esta nueva edición mediante el vaciado crítico de todas las terminaciones en S de genitivo en casi todo el con-

junto de las palabras. Verdad es que el muy fatigoso barrido de letras y palabras a través de cuatro largos volúmenes nadie puede hacerlo mejor que el propio barrendero, ni siquiera la posteridad.

La nueva edición se ha mejorado además al poner las dos *Piezas florales* al final del segundo tomo (pues en el antiguo estaban al principio del primero), y que con la primera *Pieza frutal* no cierro el primer libro, sino más adecuadamente el tercero; ya ven qué montón de diferencias que antes no estaban.

Finalmente puede entenderse también, quizás como una mejora pequeña, el que en las dos *Piezas florales* —sobre todo en la del Cristo muerto— no he hecho ningún cambio, sino que los he dejado como estaban, y la llamativa arenilla dorada, con la que hice los trazos algo ilegibles y gibosos, he omitido rasparla.

Estas son pues las mejoras emprendidas, sobre las que yo acogería con gusto la opinión de los jueces del arte que quieran comparar las ediciones, para crecimiento de mi conocimiento, quizás incluso de mi fama. Pero como no hay nada que disguste más que confrontar el viejo libro con el mejorado: por eso he depositado en la Realschulbuchhandlung (Real Librería Escolar de Segunda Mano) el ejemplar impreso de la vieja edición, en el que con tinta negra mejoraba el negro impreso con todos los pasajes tachados fácilmente visibles, a menudo la mitad o una hoja entera, de manera que uno se sorprenda. El lejano crítico de arte que, como el cercano de Berlín, arrastra de mala gana el corrector hoja por hoja sopesando ambas ediciones, debería entonces contentarse con dejar los tomos en los platos de la balanza de un mercader de especias y luego mirar; entonces podría ver hasta qué punto prevalece la nueva edición sobre la antigua. Ambos hombres podrán fácilmente sacar sus conclusiones comparando la exactitud de la segunda edición con la de la primera y lo tachado en lo impreso con lo escrito anteriormente —y, por cierto, esto sería para mí una fiesta.

Bayreuth, septiembre de 1817
Dr. Jean Paul Fr. Richter



LIBRO PRIMERO



INTRODUCCIÓN

De cómo tuve que dormir al comerciante Jakob Oehrmann, porque quería contarle los Hundposttage¹ y las actuales Piezas florales, etc., a su hija.

La Nochebuena de 1794, cuando llegué de la editorial de las dos obras en cuestión, y de Berlín a la ciudad de Scheerau, al bajar del vagón en seguida me encaminé sin vacilar directamente a la casa del señor Jakob Oehrmann, mi antiguo jefe, porque tenía unas cartas de Viena que bien podía necesitar. Hasta un niño podía imaginarse que yo, por aquel entonces, no tenía ningún pensamiento para un prólogo: hacía mucho frío —era 24 de diciembre—, las farolas ya estaban encendidas y yo estaba tan rígidamente congelado como la cría de corzo que vino de polizón sentada conmigo en el vagón de correos. En la misma tienda, que estaba llena de corrientes y vientos, no podía trabajar ningún orador razonable como yo, pues ya allí una oradora —la hija de Oehrmann y dependienta— con discursos a viva voz sobre los mejores almanaques navideños que se pueden tener —acompañaba y vendía doce obritas en papel secante—, pero con verdadero contenido de las época, dorados y plateados, me refiero a los típicos libritos llenos de espuma dorada y plateada, con los que el Santo Cristo, como el otoño, dora sus regalos o, como el invierno los platea. No le censuro a la pobre muchacha de la tienda que, asediada por tantas compras en la Nochebuena, apenas me saludara aun recién llegado de Berlín y me remitiera directamente a su padre.

Dentro todo era fervor, tanto Jakob Oehrmann como su mesa de despacho: estaba sentado ante una de haya, pero no como orador, sino como registrador y epitomador, y hacía el balance general del

¹ *Hesperus oder 45 Hundposttage* es una novela de Jean Paul Richter del año 1795. Richter es un asiduo de los neologismos y «Hundposttage» es uno de ellos. Podría traducirse como «días perros». (*Nota del Editor.*)

libro maestro. Él ya lo había sumado dos veces, pero la suma de crédito era y permanecía en *un Örtlein* suizo, esto es, 13 ½ thaler suizos, mayor a la suma de débito, para su sobresalto. El hombre estaba ensimismado con la máquina calculadora funcionando en su cabeza; apenas me miró, aunque fuera su ayudante y tuviera sus cartas viejas. Para comerciantes que, como sus cocheros, sienten su casa como el mundo entero, y que envían grandes embajadores y emisarios a las más alejadas autoridades comerciales, es decir recaderos, para ellos no significa gran cosa que uno llegue de Berlín, de Boston o de Bizancio.

Acostumbrado a esa frialdad comercial hacia las personas, permanecí tranquilo delante del fuego de la chimenea y me dediqué a mis pensamientos, que desde este momento serán para los lectores.

Examiné al público y encontré que, como al hombre, lo podía descomponer en tres partes —público-*comprador*, público-*recolector* y público-*artístico*—, como muchos visionarios dividen al hombre en cuerpo, alma y espíritu. El *cuerpo* o el público-comprador, formado por eruditos del negocio y hombres de negocios, este verdadero reino *corpus callosum* alemán necesita y compra las mayores y más corpulentas (más tangibles) obras y las trata como las mujeres tratan los libros de cocina, los hojean una y otra vez para después ponerse a trabajar. Para ellos en este mundo existen dos solemnes bufones, que solo se diferencian en la dirección de sus locas ideas: las de uno son demasiado profundas, las del otro demasiado elevadas, resumiendo, los filósofos y los poetas. Ya Naudé, en su enumeración de *sabios*, que en la Edad Media fueron considerados magos por sus conocimientos, hizo la bonita observación de que esto solo podía sucederle a los filósofos, nunca a los juristas y teólogos. Aun hoy sucede con los sabios del mundo, solo que el noble concepto de mago y hechicero, cuyo rector espiritual y maestro escocés era el mismo diablo, ha ido cayendo lentamente frente a la denominación de hombre fuerte o sabio y prestidigitador, el experimentado a quien se le debe ocurrir, de forma universal, el último significado. Con los poetas la situación es todavía más lamentable; el filósofo es un cuarto facultativo, un propietario de un puesto desde donde puede impartir sus asuntos; pero el poeta no es nada y no será nada en el Estado —no habría nacido, sino que habría sido concebido por la Cancillería del imperio—, y la gente que puede

juzgarle le reprocha sin problemas que a menudo utilice cierto tipo de expresiones que no son comunes ni en el mundo comercial, ni en las Escrituras sinodales, ni en el Reglamento general, ni en las conclusiones del Consejero áulico imperial, ni en las reflexiones medicinales e historiales de enfermedades, y evidentemente anda en zancos y es pomposo y nunca lo suficientemente *minucioso* o *breve*. De la misma manera admito con gusto que así se puede jerarquizar correctamente a los poetas, como Linneo a los ruiseñores, a los que con razón incluiría por su canto entre las graciosas aguzanieves de movimientos angulares.

La segunda parte del público, el *alma*, el público-recolector, está compuesto de muchachas, mancebos y ociosos. Continuaré alabándolos más abajo; nos leen a todos y se saltan con gusto las hojas oscuras, en las que únicamente se razona y se conversa, y se comportan como un juez sincero y un auténtico historiador.

Al público-artístico, el *espíritu*, podría suprimirlo perfectamente; los pocos que no solo experimentan gusto por todas las naciones y formas del buen gusto, sino también por las más elevadas, por así decirlo, bellezas cosmopolitas, como Herder, Goethe, Lessing, Wieland entre otros, apenas entran en consideración con sus opiniones sobre un autor, excepto una minoría de ellos, porque no lo leen.

Por lo menos no se merecen la dedicatoria con la que me propuse, delante del fuego, sobornar al gran público-comprador, que realmente es el que mantiene el comercio de libros. Quise, a saber, dedicar con respeto el *Hesperus* o el *Kuhschnappler Siebenkäs* al hombre de juicio y comerciante Jakob Oehrmann. Esta era su máscara, a saber:

Jakob Oerhmann no es un hombre digno de desprecio: sirvió cuatro años en Ámsterdam como mozo de la bolsa, tocando como campanero la campana mercantil de 11.45 a 12.00 horas. Después consiguió, escarbando y trabajando duro, una *buena casa* en la que no hacía nada, y ascendió, en un noble gabinete de sellos, a la categoría de guardador de sellos, que se sienta distraído sobre los nobles pagarés. No asumió como escritor famoso ningún cargo civil, sino que prefirió escribir, pero la milicia ciudadana de Scheerau, cuyo corazón está en el lado derecho, es decir en el sitio más seguro, y las temerarias tropas desplegadas cual cuerpo atento de vigilancia, le instaron a hacerse capitán, sin importar si podía arreglarse con el cargo de

suministrador de pañuelos. Él es lo suficientemente honesto, sobre todo ante los comerciantes, y está muy lejos, como Lutero, de *quemar* el derecho eclesiástico, él reduce a cenizas en la burguesía pocos títulos de los siete mandamientos, sí, él solo los *quema*, como la censura vienesa la mitad de los libros prohibidos; y lo hace solo contra los regentes, deudores y nobles. Ante un hombre tal puedo, sin que me recuerde la conciencia, esparcir algunos inciensos aromáticos y en el ascendente humo mágico, agrandar su figura holandesa, como la de un espectro creador.

Ahora querría ennegrecer bajo su imagen algunos rasgos del gran público-comprador; pues en minoría es soportable —atiende, como el mayoritario, solo a estudios sobre el pan y sobre la cerveza, a ningún discurso de brindis, a ningún periódico ni culto ni político— sabe que el imán se ha creado simplemente para llevar las llaves de su tienda, el cenicero para recoger las cenizas de su tabaco, su hija Pauline para sustituir a ambos, aunque ella lleva y recoge cosas con más brío que los otros dos —no conoce nada en el mundo superior al pan y aborrece al pintor de la ciudad que borra con él las manchas de tiza al pastel— él y sus hijos, amurallados en tres ciudades hanseáticas, no leen ni escriben un libro inferior al libro mayor y al libro de garabatos...

* * *

«Estaría perdido», pensaba yo al calor del fuego, «si pretendiera representar más finamente al público-comprador que mediante aquel que responde al nombre de Jakob Oehrmann, que tan solo es una rama o una fibra del mismo; pero éste no podía saber lo que yo quería», recordé; y a causa de este error de cálculo, a partir de ahora había que trazar un nuevo plan.

La hija entró precisamente cuando había descubierto el error, traía consigo el balance general completo realizado por Oehrmann... En ese momento el padre me miró haciéndome presente, y cuando mostré las cartas vienesas —paulinas y poéticas a la par— comencé a ser algo más que un silencioso fresco de pared, poseedor de espíritu y estómago, y finalmente fui retenido para la cena.

Yo solo quiero dejar caer —y que los críticos de arte de todos los

círculos alemanes se solivianten contra mí y fundan una nueva campaña turca— que únicamente vine y me quedé por la hija. Sé que la buena mujer habría leído mi nueva obra completa, si el viejo le hubiera dejado tiempo para ello; y precisamente por eso no podía ocultarme a mí mismo que mi deber era hablar con el padre, cuando no cantarle, hasta que se durmiera y después contarle a su deliciosa hija todo lo que cuento al mundo a través del papel de prensa. Y, como habrán adivinado, era en estos días de correo extranjero cuando más fácil me era dejarle dormido tras una charla nocturna.

En Nochebuena necesitaría para lanzar mis *45 Hundposttage* casi el mismo número de minutos, una larga tarea, que no requería una simple cabezada.

Desearía que los señores editores y críticos, que en esto mucho me censuran, se sentaran tan solo una vez en el sofá junto a mi tocaya Johanne Pauline: que hubieran escuchado mi reseña biográfica y la mitad de la *Bibliothèque bleue* en pragmáticos extractos, como lo hacen en sus críticas ante otros rostros muy diferentes; hubieran nadado en gozo sobre la verdad de las palabras de Pauline, sobre la inocencia de sus gestos y sobre la simplicidad y picardía de sus actos y tomándole la mano le hubieran dicho: «Semejante enternecedora comedia, como la que se sienta a nuestro lado, solo puede crearla un poeta, y por lo tanto él es nuestro hombre». Si estos caballeros hubieran continuado escuchando, ellos y Pauline se hubieran conmovido todavía más, como apenas me hubieran reconocido esos severos críticos poco colaboradores, y hubieran visto la suave figura derritiéndose en una nebulosa de lágrimas o a punto de perderla (porque las muchachas y el oro cuanto más *blandas*, más *puras* son), se hubieran olvidado, como es natural en el calor celestial, casi por completo del padre que ronca...

* * *

¡Cielo santo! Ahora yo mismo estoy entre los grandes, y el prólogo podría prolongarse así hasta mañana. Obviamente habrá que continuar con más calma...

* * *

Puedo suponer, creo, que el comerciante y administrador se agotaba tanto al escribir cartas en Nochebuena, que para quedarse dormido lo único que le faltaba era alguien que acrecentara su agotamiento mediante un discurso estilizado. Precisamente ese hombre era yo. Sin embargo al principio, durante la cena, únicamente saqué a colación conversaciones que el Principal todavía era capaz de entender. Con la cuchara y el tenedor en la mano y antes de la bendición, era inútil sumergirlo en un sueño duradero; entonces lo deleité con animados temas de interés, con el exhausto polizón sin destripar (la cría de corzo arriba mencionada) con algunos pequeños mercaderes arruinados de viaje, con mis reflexiones sobre la guerra francófona y con las solemnes afirmaciones de que la Friedrichstrasse de Berlín ya tiene una distancia de media milla o que la libertad de prensa y de comercio es demasiado confusa. También apunté que me moví por algunos círculos alemanes, en los que jóvenes pordioseros no servían a los periodistas para hacer sus florituras. Los editores de periódicos, por cierto, dan vida con su tinta a todos los muertos en el campo de batalla y utilizan a los supervivientes en los más variados asuntos; los jóvenes soldados, por el contrario, matan con gusto a sus padres y mendigan en la listas de muertos; disparan por medio centavo a su padre, y el evangelista del periódico lo vende por un centavo; y así, de una hermosa manera, ambas criaturas son, a través de la mutua mentira, el antídoto uno del otro. Esta es la razón por la que un periodista apenas puede comprometerse, como el escritor, a las reglas de ortografía de Klopstock, a *escribir* únicamente lo que se *oye*.

Cuando se retiró el mantel, vi que era hora de poner el pie en la cuna en la que se encontraba el capitán Oehrmann. El Hesperus es demasiado gordo. En otra época hubiera tenido tiempo suficiente; normalmente, para hacer dormir a ese gran tulipán, comenzaba con alguna guerra y grito de guerra —para ello empezaba con el derecho natural, o mejor con los nuevos derechos naturales, que cada misa y cada guerra proporcionan— para ello solo tenía que dar unos pocos pasos hacia los más altos axiomas de la moral y sumergía así al comerciante en el centro de la magnética fuente salutífera de la verdad o le sostenía ante su nariz más de mis nuevos sistemas incendiarios, que

yo mismo refutaba, y lo aturdía con el humo hasta que caía sin fuerzas... Entonces llegaba la paz y la hija y yo abríamos la ventana a las estrellas y a las flores de fuera, y las pobres almas sufriendoras me parecían la más hermosa y poética flora de abejas...

Ese era el camino que seguía.

Hoy tomé un atajo. Justo después de bendecir la mesa me acerqué lo más posible a lo incomprensible y planteé a la cáscara comercial del alma de Oehrmann, a su cuerpo, la pregunta de si entre los príncipes habría más cartesianos o newtonianos. «En absoluto lo digo a propósito de los animales —continué despacio y aburrido—, a los que Descartes entendía como máquinas insensibles, por lo cual entonces el animal más noble, el hombre, también lo sería sin merecerlo, sino que mi opinión y mi pregunta sería: ¿no colocan los más la esencia de un estado, como el gran Descartes la de la materia, en *expansión* y los menos, como el gran Newton, en *solidez*?»

Me asustó con su animada respuesta: solo el entendedor de bromas y el príncipe serían hombres sólidos a tener en cuenta.

En ese momento la hija puso el cesto de la colada junto a la mesa y encima una cajita de caracteres de imprenta, para imprimir en las camisetas de su fraternal *Hansa* todos sus nombres. Como ella sacó una tiara blanca de fiesta y recibió una humilde capucha de sábado, así es como me vi animado a volverme tan oscuro y aburrido como el gorro de pijama, eso era lo que ansiaba.

Ya que él respecto a nada es tan amablemente frío como en lo que a mis libros y a todos los científicos especialistas se refiere, entonces decidí empotrarlo totalmente con esos odiados temas y deslizarme por encima. Conseguí empezar así:

Casi me preocupa, señor capitán, que al final se sorprenda de que todavía no le haya informado, de manera minuciosa, de mis dos nuevos opúsculos u obras, de las cuales la más antigua lleva el extraño nombre de *Hundposttage* y la más nueva el de *Piezas florales*. Pero hoy traigo solamente lo más indispensable de los *45 Posttagen* y recupero en solo ocho días las *Piezas florales*: quizá así haya obrado correctamente. Soy el único responsable, si no tienen absolutamente nada que decir sobre qué es el primer *Opus*, si lo ve como una obra escudo o insecto —o como un *Idiotikon*—,

un antiguo *Codex* —o un *Lexicon homericum*—, o un legajo de disputas inaugurales —o como una historia de héroes y epopeyas—, o como sermones de muerte... Sin embargo no es otra cosa que una buena historia, pero envuelta en capas con las obras arriba nombradas. Yo mismo quisiera que fuera algo mejor, Sr. Capitán —especialmente hubiera deseado haberlo redactado tan claramente que se hubiera podido leer medio dormido—. En esto, Sr. Capitán, todavía conozco poco sus principios críticos y por eso no puedo decir si su gusto es británico o griego; pero me temo que perjudica a la obra, que en esos pasajes —espero que no sean muchos— haya que demostrar dónde se esconde más de un sentido, o todo tipo de metáforas y florituras a la vez, o una seriedad aparente, tras la cual nada hay, sino puro divertimento (sin embargo el alemán reclama su estilo comercial)... y también temo, más que las demás obras extensas, las actuales novelas caballerescas, las cuales a menudo parecen estar escritas por viejos caballeros sin arte, no por gráciles plumas, sino por los poderosos caballeros del pesado acero, apenas con el éxito imitado y conseguido por mí, por el que yo tan a menudo he forcejeado. Quizás he podido ofender a menudo en el libro la decencia y los oídos de las damas, como algunos hombres de mundo opinan; pero estos libros, en cuanto que no hieren a los altos oídos, sino a los castos, y no a la nación, sino solo a la Biblia, son los menos objetables, mucho más si van bien, como objeto de mesilla de noche, y se usa, por la misma razón, como regla literaria, la cantidad de deshonor al mundo femenino que pueden contener.

Aquí vi demasiado tarde que con ello lo conduje a un pensamiento vivaz. De hecho di un salto a otra materia y observé: los libros prohibidos se exhiben con seguridad principalmente en las bibliotecas públicas, donde se mezclan con los bibliotecarios ordinarios, porque su gesto disgustado aleja de la lectura mucho más eficazmente que un edicto de censura; pero Jakobus expresó en alto sus pensamientos: «Pauline, recuérdame mañana que la golfa todavía debe las tasas de prostituta». Me sentí absolutamente contrariado al ver que cuando estaba a pocos pasos del sueño, el capitán saliera con algo nuevo y estallara, difuminando en el aire el mejor polvo para dormir. A ningún hombre es más difícil provocarle aburrimiento que al que él mismo lo reparte; me atrevo

más fácilmente a aburrir a una casta mujer libre de negocios en cinco minutos, que a un hombre de negocios en muchas horas.

La buena Pauline, que hoy quería escuchar tan a gusto la historia, que yo había dejado el manuscrito en Berlín, me fue enseñando lentamente en la mano las siguientes letras de la cajita de imprenta de las camisas: *contar*, esto quería decir que hoy tenía que *contarle* a esta buena tipógrafa de camisas los *Hundposttage*.

Lo acometí desde el principio y, suspirando, comencé de esta manera:

Sr. Principal, los caracteres de imprenta berlineses de este tipo pondrán a un servidor, también a través de su nueva obra, en movimiento, y mis *Posttage* aparecerán en este tipo de camisas finas como ahora los nombres de sus tres señores hijos. De hecho debo reconocer, si no hubiera tenido nada para consolarme, cuando estaba sentado en el correo con el pie derecho bajo mi manuscrito y el izquierdo bajo un fardo de cartas petitorias, que mandaban al ejército del príncipe de Scheerau, no tenía, como digo, nada más para consolarme que mi pensamiento natural: el demonio lo hace de otra manera. Solo que esto no lo hace nadie menos que *él*. ¡Cielo santo! En una época como la nuestra, en la que la orquesta afina los instrumentos de la historia universal para un futuro concierto, en la que por consiguiente el conjunto todavía chirría y pita (de ahí que una vez la afinación de un enviado marroquí a la corte vienesa gustó todavía más que la propia ópera); en una época en la que es tan difícil diferenciar a los hombres cobardes de los valientes, a los indiferentes de los emprendedores, a los agostados de los reverdecidos, como ahora en invierno se ven los árboles frutales como los caducos; en una época así no existe para un autor otro consuelo que aquel en el que yo hoy todavía no hubiera pensado, a saber: que recogerá muy bien una época, en la que las virtudes elevadas, los amores elevados y la libertad elevada son extrañas aves fénix o pájaros del paraíso, mientras pueda pintar el conjunto de pájaros de forma tan viva que ellos mismos puedan echar a volar; por supuesto después, cuando se establezcan en la tierra con sus formas originales, para todos nosotros se habrá echado a perder en una gran parte el pintarlos y alabarlos y se hará repugnante y será una mera trilla de pajas huecas. Solo el que no puede *comerciar*, trabaja para la prensa.

«Depende de qué trabajo», se le ocurrió al despierto comerciante, «el *comercio* alimenta al hombre; pero escribir libros no es mucho mejor que hilar algodón, e hilar es lo más próximo a mendigar... no me refiero a usted; pero todos los contables corrompidos y comerciantes insolventes caen por último en la fabricación de libros de contabilidad y otros».

El público ve lo poco que el comerciante me estima, porque en lugar de negocios hago obras, sin embargo yo a él le hubiera socorrido, como ayudante de notario sajón, día y noche para tramitar una letra de protesta. Sé cómo piensan los eminentes profesores de la moral; pero después de un maltrato de este tipo me atrevo a responsabilizarme ante él de que me volví salvaje al momento y que no respondo con menos que con un escrito fiel de las páginas extra del *Hesperus* a las descortesías del hombre sin consideración, aunque sus cinco sentidos ya no estén muy alerta.

Con esto tendría que expirar —quiero decir dormirse...

Entonces salieron miles de estrellas de la suerte para el autor y la hija y empezó nuestra fiesta del pan dulce —pude apoyarme en la ventana junto a ella y contarle todo lo que el público, ya desde hace tiempo, tiene en sus manos—. No me dejé nada a excepción, por buenas razones, del último capítulo del *Hesperus*, en el que yo, como por todos es sabido, me hago príncipe. Realmente no hay nada más dulce para un encarcelado, asediado por sermones y castos corazones, que poder entusiasmarlo con una fiesta de aniversario aunque lo fuera del superintendente y su mujer —y sin novela alguna— aunque la hubiera redactado el propio ayudante. Tan suave como la miel virgen es mandar a los asediados corazones famélicos, un todopoderoso levantamiento de sitio y a las veladas almas, agrandarles un punto del grueso velo monjil y enseñarles a través de él un próspero y resplandeciente oriente —atraer las lágrimas de sus sueños en los cerrados ojos—, alzarlas sobre sus deseos y soltar el suave corazón oprimido y encadenado por una larga añoranza, mecerlo de arriba a abajo en los vientos primaverales de la poética y llenarlo suavemente, mediante una cálida y húmeda primavera, con las mejores semillas florales cuando broten en el próximo suelo...

A la una de la mañana ya había terminado y estaba en el capítulo

44; pues solo había necesitado tres horas para las tres partes, ya que había arrancado todas las páginas extras del libro, como orador para esta mujer. «Igual que el padre es el público-comprador, así es la hija el público-recolector, y no se la debe martirizar con nada que no sea puramente histórico», dije, y sacrifiqué mi desenfreno favorito, para el que una deliciosa cercanía no es coto de caza...

Entonces el viejo tosió —se levantó del sillón—, preguntó la hora —deseó buenas noches—, me pidió que me marchara, y no volvió a verme hasta ocho días más tarde, la noche antes del nuevo año.

Les desvelaré a mis lectores que yo aquella noche prometí volver, porque quería y debía presentar al Principal un pequeño informe sobre las *Piezas florales* —precisamente el libro actual.

Aseguro al amable lector que me dispongo a informar del asunto tal y como fue.

Hice acto de presencia la última tarde del año 1794, a cuyas olas teñidas de rojo habían sido empujados tantos cuerpos ensangrentados en el mar de la eternidad. El Principal me recibió con una frialdad que yo atribuí, por una parte, a la naturaleza exterior —pues los hombres y los lobos se exasperan más intensamente en las heladas—, por otra, a la cartas vienesas, esto es, a la falta de las mismas, y a que no tenía absolutamente nada que hacer hoy aquí con el hombre. Pero como de todos modos el día de año nuevo iba con un correo de jueves de Scheerau, y ya que tenía mucho interés en contarle a la buena y querida Pauline algunas paulinadas, es decir estas piezas, porque sabía que recibe cualquier otra mercancía en su mostrador antes que ésta: así ningún contable con principios puede acalorarse con mi reaparición. Una cabeza así acalorada por lo menos escucha el plan que yo tenía: quería poner las tranquilas almas florales, al principio las *Piezas florales*, como dos sueños florales en mosaico, después la *Pieza de espinas*,² de la que yo quería separar las espinas, es decir las sátiras, para que no quedara en ella nada más que una singular historia; y al final la *Pieza frutal* (como en el mismo libro)

² En realidad todas las piezas estaban así ordenadas en el primer tomo de la primera edición no corregida; pero a la buena Pauline no se le escapa ciertamente que en la segunda edición corregida pienso más en toda Alemania, disponiéndolas de una manera muy diferente.

a modo de un dulce postre de frutas; y en esa fruta madura (previamente habría exprimido verbalmente todo el zumo de manzana filosófico helado y refrescante, que quedó en la prensa) —al final yo mismo quise ser el gusano de la manzana—. Esto hubiera sido una hermosa transición para mi partida o despedida; pues no sabía si volvería a ver o a escuchar a Pauline, ese pólipo floral con sus palpitantes hebras sensibles que, sin ojos, se vuelve hacia la *luz* únicamente por el *sentimiento*, tan pronto como entendiera mi nueva situación principesca. Con la vieja y podrida madera, sobre la que brota el pólipo, no tenía nada que tratar sin las cartas vienesas.

Pero el año viejo, tan cercano a los buenos deseos del nuevo, debía cerrarse con los irrealizables.

Sin embargo tengo poco que reprocharme; pues buscaba aburrir y adormecer igualmente a la viva casa de las indias orientales, pensando que todo siguiera igual. Lo único agradable que le dije fue que, ya que el jefe había lanzado algunas injurias contra mi sucesor, su actual ayudante, éstas yo las hacía extensivas a todos los juristas y con ello elevaba y endulzaba el pasquín a noble sátira: «Puedo imaginarme a los abogados y clientes en dos filas en un instituto de cancelación de la sed de dinero; un fila, la de los clientes, hacia abajo con cubos vacíos o bolsas, la otra, la de los abogados hacia arriba sirviéndose mutuamente los llenos», dije. Eso fue todo.

Pienso, no fue irreflexivo, que le describí al gran público-comprador, ya que éste es limitado, de pocos pies de largo y gordo, que a grandes rasgos encajaba bien con él; en realidad con ello se hizo un simple intento de saber lo que el mismo público-comprador diría sobre los siguientes pensamientos:

El actual público, Sr. Capitán, se vuelve cada vez más una compañía nororiental sólida y eso hacen, creo yo, algunas figuras entre los holandeses, para los que la mantequilla y los libros simplemente son artículos del mercado activo y tienen gusto por la sal ática, con la que Beukelszoon pone en salmuera los pescados, y que yo justifico, aunque la de Erasmus, que nadie come, es mejor para una estatua, de esta manera: que al salador arriba mencionado ya antes le dejaron cincelar una. El mismo Campe, el cual no subordina de ninguna manera al autor de la rueca y a la Mumme

de Brunswick, a las formas y maestros cervancieros de los poemas épicos, estaría de acuerdo conmigo, si digo que ahora el alemán evolucionará en algo —a saber, en un hombre de ley escrupuloso—, un hombre de negocios —un hombre sabio que distingue lo comestible de lo pensable y sabe apartarlo, un reproductor del editor que distingue y clarifica las manufacturas de ambos—, un especulador que, así como las gallinas huyen del arpa hecha con intestinos del zorro, por su parte no es capaz de escuchar el arpa poética y hubiera encordado al arpista con sus propios intestinos —que pronto no permitirá más artes pictóricas que las necesarias sobre los fardos de mercancías,³ ninguna impresión más que las necesarias sobre las telas de algodón.

Aquí, para mi sorpresa, vi que el comerciante ya se había dormido y había cerrado sus sentidos comerciales. Me molestó haberlo temido y tratado tanto tiempo sin motivo; yo había sido el demonio y él el rey Salomón, al cual los demonios habían creído vivo.⁴

Mientras tanto, para no despertarlo con un cambio de tono rápido, continué tranquilamente la conversación; iba sin embargo apartándome lentamente hacia la ventana, con la consiguiente disminución del tono de mi voz:

Y de un público de este tipo espero que aprenda de una vez a poner hojas de zapato sobre hojas de altar, y que pregunte a un profesor con crédito moral y filosófico por todo en general: «¿Es el hombre *bueno*?». Y además hay que esperar que yo, valiosa oyente (añado en el inalterado pastel, para hacerle al dormido el mismo sonido), le cuente a usted las *Piezas florales*, que todavía no he llevado al papel y que hoy acabo con facilidad, si aquel de allí (su padre Jakobus) duerme lo suficiente.

³ Ruego encarecidamente a aquella parte del público que se sienta aludido por la descripción del comerciante, que no lo haga; evidentemente estoy bromeando y mi intención es bien clara.

⁴ Los demonios, según el Corán, deben servir a Salomón. Tras su muerte fue momificado, con un bastón en la mano y otro apoyado en el coxis se mantenía sobre un pie y aparentaba estar vivo. Los mismos demonios no se percataron de ello hasta que los gusanos le comieron el trasero y el soberano cayó rodando. Ver *Boyseus Koran in Michaelis*, Orientalischer Bibliothek.

Y así comencé la siguiente creación:

PD: Sería ridículo imprimir en el prólogo todas la piezas flores y de espinas que aparecen en el libro. Pero, al final de este libro, quiero añadir el final del prólogo y esta Nochebuena, y ponerme con el segundo tomo para que esté terminado en Pascua.

Corte, 7 de noviembre de 1795.

Jean Paul Fr. Richter